

ROMUALDO
MAESTRE

Estos testimonios no coinciden con ningún día internacional de la mujer trabajadora. Ni falta que les hace. Son de mujeres que un día de sus vidas, por todo tipo de circunstancias, unas buscadas otras encontradas, se pusieron el mundo por montera para torear en una de las plazas más difíciles: ejercer en profesiones fuertemente masculinizadas, aquellas en las que aún nos hacen volver la cabeza cuando las vemos pasar. Seguramente que cuando enseñen estas páginas a sus hijos o a sus nietos, quién sabe, tendrán el mismo valor informativo que hoy ver una juez o una mujer policía. En ello están.

Trabajar a más de 700 metros (siete Giraldas) bajo tierra con explosivos en busca de cobre exige cuando menos una gran serenidad. «Yo sentiré miedo cuando le pierda el respeto a la mina», argumenta María Pérez González, 36 años, perforista y artillera, que es categórica con su profesión: «Aquí es donde menos me he sentido discriminada por ser mujer». Sin querer especificar dónde, por no hacer daño a un sector que estaba en auge, protesta, «saqué las mejores notas y a pesar de reconocermos que estaba más que cualificada, no me contrataron por ser mujer». Ese sentimiento no lo tiene en la mina de Magdalena, a ocho kilómetros de Aguas Teñidas, donde es una más para sus jefes y supervisores de Matsa. «Ahora trabajo con una máquina de sostenimiento de galerías y cámaras que pocas personas operan; exige una destreza especial, ya que el cemento es delicado y enseguida fragua y se atasca», relata Pérez de su oficio del que se siente plenamente satisfecha. Ella, lo mismo perfora barrenos que los carga con explosivos por su función de artillera, «porque tenemos que ir de dos en dos». «La seguridad para la empresa es fundamental y apuesta no sólo en la formación, sino en mejoras continuas, nuevos protocolos que incrementen la atención, porque en una mina hay que tener cuidado hasta donde pisan, entre la piedra, el lodo..., la cantidad de esguinces de tobillo que se pueden producir por algo tan nimio», explica.

María Pérez González es secretaria de la organización «Women in mining and industry Spain», que trata de fomentar el trabajo de la mujer en sectores industriales con los mismos derechos que los hombres. El pasado 13 de marzo su asociación fue premiada por la Diputación de Huelva en el evento «Mujeres imparables». También han creado en redes sociales «la comunidad de mara», en la que pretenden «dar visibilidad a las mujeres de pueblos rurales que rompen con los estereotipos

Mujeres

«En la mina es donde menos discriminada me he sentido»



Artillera a 700 metros bajo tierra

María Pérez es artillera y perforista en una mina de extracción de cobre en Magdalena, Huelva. Trabaja a más de 700 metros de profundidad en el subsuelo

sin complejos

Por circunstancias de la vida estas mujeres andaluzas están en la vanguardia de la igualdad. Han elegido profesiones en sectores fuertemente masculinizados. Todas tienen un denominador común, les apasiona y disfrutan con su trabajo

Soldadora de Bellas Artes
 Angélica es una amante de la escultura, estudio Bellas Artes y más tarde un curso de soldadura industrial



JOSÉ LUIS LANCHÁ

laborales». «Al final, hombres y mujeres tenemos los mismos objetivos, que son conseguir trabajos profesionales estables, que nos llenen y que podamos alcanzar metas», apunta Pérez. En su trabajo no existe ninguna discriminación de salario por el sexo, «todos cobramos igual, pero muchas veces existen otras desigualdades como es el cuidado de los niños donde los hombres se implican menos», concluye.

Patrona mayor de Vélez

Carmen Navas es patrona mayor de la cofradía de pescadores del puerto de La Caleta de Vélez, Málaga, y aunque ya se embarca poco, sabe perfectamente lo que es el trabajo de la mujer en este sector. Lo ha vivido desde chiquitita. De ser un mero auxiliar de apoyo en la preparación de las redes o en el descarte del pescado cuando llega a puerto, a tener el mismo trabajo que los hombres, «yo de hecho tengo a dos contratadas en mis barcos», corrobora. Navas sabe muy bien que lo duro de ser pescadora no es el esfuerzo físico, ahora hay grúas y mecanismos que ayudan, «sino los salarios y los horarios; el primero es poco, porque aquí se cobra según capturas y cada vez hay

menos por las fuertes restricciones que nos imponen desde Bruselas». Sobre el segundo, es «casi imposible la conciliación si no es con el apoyo de las familias. Ahora, para la pesca de cerco, (sardina, jurel, boquerón, caballa...) las mujeres salen a las doce de la noche, ya me dirá si eso es compatible con una guardería», reflexiona. «Nosotros dependemos del horario de mareas y menos mal que se respeta las libranzas del fin de semana», añade esta pescadora. Navas es consciente de que para que una mujer trabaje en la pesca pesan mucho los antecedentes familiares, pero que las oportunidades existen y son iguales que para los hombres «y en un barco no tienen por qué sentirse discriminadas». Recién nombrada vicepresidente de la Federación Nacional de Cofradías de Pesca aprovecha para poner de manifiesto el daño sufrido por la pandemia, «ha caído de forma brutal la venta del pescado de más valor comercial, el que se destinaba a los restaurantes». En su sector trabajan en Andalucía casi 5.000 mujeres.

Ana Martín de la Rosa lleva desde los 15 años trabajando, «cuando entré con mi padre de peón de albañil en el 'chapu'». Parece una tontería, pero Ana,

“

Trabaja desde los 15
Ana Martín empezó con su padre en el 'chapu' a los 15 años y «la única baja que he cogido es cuando tuve a mi hijo»

«No soy marimacho»
«De marimacho nada de nada, soy una mujer normal, me encanta calzarme las botas y soldar», afirma Angélica

Conciliación familiar
«Las pescadoras de cerco salen a las doce de la noche, ya me dirá si es compatible con la guardería», argumenta Carmen Navas

41 años, con pareja y un hijo de siete, presume de que empezó haciendo mezcla, lo mismo a mano que en la hormigonera y hoy «puedo repellar o enlucir una pared perfectamente en mi casa antes de pintarla». Estudiaba para auxiliar de enfermería con 18 años, «pero se cruzó una profesora que me aseguró que con ella no aprobaría jamás». En verano, liada con las asignaturas pendientes, pasó por su pueblo —Minas de Riotinto—, un autobús de enganche del Ejército y no se lo pensó dos veces: «Venía de la piscina, lo vi, subí a mi casa, me duché y bajé enseguida». «A mí, siempre me ha gustado el Ejército, me presenté al teórico en agosto y en septiembre me llegó una carta: hazte el macuto porque tienes las pruebas físicas en Murcia y si apruebas te quedas. Saqué notable y empecé a trabajar en logística, en aquella época no nos permitían a las mujeres ni infantería ni artillería en la Legión», aclara. Cuando se dio cuenta de que sus mandos superiores la catalogaron de «indispensable» en la compañía por el trabajo que realizaba y le ponían pegas para acabar la Logse y poder ascender a sargento, cortó por la sano. Con 23 años y cuatro en esta fuerza de acción rápida, se vol-



▶▶▶ vió de Viator, Almería, como cabo dama legionaria. «Así y con todo estaba muy bien pagada, yo por aquel entonces, en 1999, cobraba novecientos y pico de euros», añora Ana. Ella se vanagloria de haber demostrado con creces «ser igual que mis compañeros». «Una vez mi capitán tuvo que salir a defenderme porque en unas maniobras de 20 días un sargento puso reparos porque tenía que compartir tienda de campaña para dormir. Es un compañero más, le dije, y yo dormí en mi saco y mi binomio en el suyo», rememora este espíritu inquieto. De vuelta a su pueblo «roé un poquito, en el campo, en una cocina y después entré en un taller para aprender mantenimiento, fontanería, albañilería...». Entonces se enteró a través de un compañero de la Cuenca minera que estaban buscando una persona para reparar el butano, así que se presentó a su primer jefe y lo primero que le dijo era que si le importaba que fuera mujer, a lo que él le contestó que no. «Pues yo voy a dar lo mejor de mí y si viese en algún momento que no soy capaz de llevar esto, seré la primera en dejarlo», fue su reto. Hasta hoy. Catorce años al volante de un camión de butano reparando bombonas. «Confío, me dio una oportunidad y hace siete años cuando me quedé embarazada podía haber prescindido de mí y sin embargo aquí sigo», argumenta Ana.

Una cliente de 90 años

«Campofrío, la Granada de Riotinto, Nerva, Zalamea, Campillo, Las Dehesas, tres surtidores, otros tres puntos de venta, una tienda en el mismo Riotinto», enumera Martín su recorrido diario en el reparto, «que la verdad es que me gusta». «Hay días y días en tu trabajo, pero como en todos, a veces vienes muy quemada y otros que no sabes donde meterte de alegría». Cuenta que tiene una cliente de noventa y tantos años que le hizo una bufanda a mano, que le pregunta por el nombre de su hijo cada vez que la ve y otros que la tratan «con la punta del pie, pero yo me quedo con la señora mayor», sonríe con desparpajo. Cuando se le pregunta si el esfuerzo físico condiciona su trabajo lo niega: «Yo peso 63 kilos y llevo dos bombonas de 20 cada una en los brazos y subo las escaleras que haya que subir, sin carretilla; todo en mis brazos y en mi espalda». «Desde los 15 años la única baja que he tenido ha sido mi hijo», saca pecho al responder si no se ha dislocado o hecho daño alguna vez en la muñeca. Ana Martín es testigo de primera línea de cómo está la economía en tiempos del Covid, «cada vez nos dejan menos propina, pero el consumo de gas ha aumentado al estar más tiempo en casa por el confinamiento». «La gente se queja de que todo sube, el agua, la luz, el gas, menos sus pensiones», es el canto triste que escucha todos los días. A ella le han hecho fotos cuando la han visto repartiendo porque no se creían que hubiera una mujer butanera, pero



Catorce años de butanera

Ana, 63 kilos de peso, carga dos bombonas de 20 kilos cada una sobre sus brazos y espaldas a diario



En un barco desde chiquitita

Carmen Navas es patrona mayor de la cofradía de pescadores de Vélez - Málaga



Fotos por la calle
A la butanera la han parado por la calle para hacerle una foto porque no se lo creían

Bromas en el trabajo
Los jefes de la soldadora bromeaban con sus colegas y decían que ya sólo contratarían mujeres

jamás se han metido con ella o le han faltado el respeto, «lo más —y yo soy la primera que se ríe—, es aquello de a ti no te pueden decir que eres el hijo de la butanera», concluye esta trabajadora incansable de Nor Huelva Gas, distribuidora de Cepsa.

«Yo soy una mujer normal, eso de marimacho, nada de nada, disfruto muchísimo con mi trabajo, me encanta la soldadura», expone Angélica Lancha Corchero, 41 años, divorciada, madre de una niña, de Huelva capital. «A mí me dicen ahora que tengo poco trabajo, que me ponga guapa, sonría y venda en una tienda y les contesto, ¡pues no!, me apetece enfangarme, calzarme mis botas de seguridad y soldar». Lancha llegó a la soldadura tipo Mig-Mag, semi automática, por un curso que le ofreció el Instituto de la Mujer después de quedarse en el paro. Antes había trabajado como captadora de Médicos sin Fronteras y jefa de equipo en una empresa de telecomunicaciones.

Angélica estudió Bellas Artes y ve en la soldadura una continuidad de su pasión, la escultura. Nada más acabar su formación de seis meses y una semana de prácticas la contrató Faysol, empresa dedicada a las estructuras metálicas, calderería y mantenimiento industrial. Ella todavía no da crédito a la buena acogida que tuvo, no solamente por sus compañeros, sino por sus jefes, que bromean con sus empleados y les dicen que los van a despedir a todos para contratar sólo mujeres. «Apostaron por mí y yo por ellos, tuvieron que construir un cuarto de baño exclusivo para una mujer, comprarme guantes y zapatos de talla pequeña porque no me valen los de hombre», argumenta, y «todo esto de eventual porque no soy fija». Hasta tres veces repite la palabra «jamás», cuando se le cuestiona si alguna vez tuvo algún problema por ser mujer, «estoy contentísima y esperando a que me vuelvan a llamar en cuanto haya trabajo». «Soy consciente de que no tengo la misma fuerza que un hombre, pero para eso están las máquinas, las grúas y la maña, siempre intento resolver las cosas por mí y lo mismo que yo ayudo a mis compañeros ellos lo hacen conmigo», argumenta Angélica toda orgullosa de su nueva profesión.